

Stephen Koch

El fin de la inocencia

Stalin y la seducción de los
intelectuales occidentales



Galaxia Gutenberg

STEPHEN KOCH

El fin de la inocencia

Los intelectuales occidentales
y la tentación de Stalin

Traducción de
Marcelo Covián

Revisada y actualizada por
Teresa Bailach

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Double lives. Stalin, Willi Münzenberg and the Seduction of the Intellectuals*
Traducción del inglés: Marcelo Covián
Revisada y actualizada por Teresa Bailach

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2024

© Stephen Koch, 1993

© de la traducción: Herederos de Marcelo Covián, 2024

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de la traducción, aunque no ha sido posible. Con todo, estaremos agradecidos de recibir información que nos permita conocer su identidad o bien el organismo que la representa

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal:

ISBN: 978-84-19392-20-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria de mi padre,
Robert Fulton Koch
(1907-1951)*

Índice

Agradecimientos	13
Introducción <i>por Sam Tanenhaus</i>	15
Prefacio a la edición revisada <i>por Stephen Koch</i>	21
1. Mintiendo por la verdad	27
2. El camino hasta Hitler: primeras campañas	57
La hambruna de la región del Volga	57
El Trust Münzenberg	62
La campaña Sacco-Vanzetti	64
El canal del Mar Blanco	74
«La paz»	78
3. Antifascismo y fuego	87
4. El lugarteniente	113
5. Antifascismo en escena: proceso y contraproseso	135
6. Tras la cortina de humo	159
7. El Frente Popular: propaganda y profecía	189
8. El Frente Popular y el espionaje	215
9. Los espías de Bloomsbury	245
10. En América	269
11. El fin de la inocencia	301
12. La estrategia española	327
13. El final de Münzenberg	361
Epílogo	387

APÉNDICES

Bibliografía	395
Notas	413
Índice onomástico	463

También habéis oído que se dijo a los antiguos: «No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos». Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en ti volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede.

MATEO, 5: 33-37 (Citado por Arthur Koestler
en la sesión inaugural del Congreso por la Libertad
de la Cultura, 25 de junio de 1950)

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir *El fin de la inocencia*, el mundo que exploraba aún permanecía cubierto por un oscuro velo de secretismo, desinformación y olvido. Con esta nueva edición, debo dar las gracias de nuevo a las numerosas personas que constituyeron mi guía inicial para adentrarme en las turbias regiones y en los extraños destinos de tantos seres humanos que trataba de comprender. He incluido una lista de esos guías al final de este texto. Es una lista extensa y, si se me permite, distinguida: un inventario de gente muy especial hacia la que siento, incluso tantos años después, una gratitud duradera.

Para esta edición revisada, vuelvo a rendir tributo especialmente agradecido a la memoria de Babette Gross, la viuda de Willi Münzenberg, quien en el verano de 1989 me concedió en Múnich una semana de entrevistas indispensables. Esos intercambios memorables fueron posibles gracias a los buenos oficios del doctor Peter Lübbe, quien persuadió a una escéptica Babette a que hablara conmigo y eso posibilitó el contacto. Pero esta es sólo la muestra más significativa de su generosidad. Con su erudición enciclopédica sobre la historia del comunismo alemán, el doctor Lübbe me ha sido de gran ayuda en repetidas oportunidades.

Estoy especialmente agradecido a Sam Tanenhaus por sus reflexiones. Agradecido y orgulloso. Es un gran honor que el autor de *Whittaker Chambers. A Biography* haya escrito la introducción a esta edición revisada de *El fin de la inocencia*. Esta edición revisada ha sido posible gracias a Franklin Dennis, cuya confianza inquebrantable en *El fin de la inocencia* hizo que este libro llegara a Enigma Books. Dudo que esto hubiera ocurrido sin su persistencia e integridad. Gracias a su perspicaz conocimiento bilateral, tanto del

libro como de la industria editorial, esta obra ha encontrado un segundo hogar ideal.

Entre los amigos, Tzvetan Todorov ha alimentado sin pausa mis reflexiones desde el inicio de este proyecto hasta ayer mismo. Y fue durante una conversación con Michael Scammell, en una comida en Londres hace mucho tiempo, cuando de pronto vislumbré la estructura de este libro, como un paisaje nocturno iluminado por un rayo.

Entre las autoridades, estoy particularmente agradecido por la cordial correspondencia mantenida con el responsable del archivo soviético, Fridrikh Firsov, y por el incisivo intercambio de cartas e emails con el experto en Rusia y traductor, Timothy Sergay. El diálogo que mantuve con estos dos hombres me guió cuando comencé a revisar el libro.

Por último, debo concluir con una mirada atrás teñida de tristeza. El editor de la primera versión de *El fin de la inocencia* fue el fallecido Erwin Glikes, de Free Press. Ojalá estuviera aquí Erwin, para ver cómo el libro entra en una nueva fase. Diana Trilling fue mi confidente literaria y mi guía mientras escribía; Diana también se ha ido. Y aunque no sea habitual hablar de una reseña en la sección de agradecimientos, no puedo abstenerme de mencionar que, en medio de la tormenta de críticas dirigidas a la edición original de *El fin de la inocencia*, el ya fallecido François Furet publicó una generosa reseña en *Le Nouvel Observateur* que ha sido uno de los acontecimientos señalados de mi vida como escritor.

S. K.

Nueva York, diciembre de 2003

Introducción

por Sam Tanenhaus

Puede sonar extraño decir de un ensayo histórico que se ha adelantado a su tiempo, pero esta frase se aplica a *El fin de la inocencia*, la original e impresionante crónica de Stephen Koch del estalinismo literario en los años treinta. En 1994, cuando este libro fue publicado, la cultura política de Norteamérica pasaba por un periodo de transición: el comunismo global había terminado pero el mundo «poscomunista» todavía no había adquirido forma. En algunos círculos, el impulso simpatizante aún prevalecía, particularmente entre los intelectuales, muchos de los cuales fueron lentos a la hora de repensar las políticas que habían apoyado durante gran parte de su vida.

El fin de la inocencia apareció en ese momento escabroso y demandaba justamente esa revisión del pensamiento. Su relato mordaz del «aparato cultural e intelectual» no sólo hacía hincapié en las duplicidades del comunismo soviético. Nos recordaba que el siglo xx fue la era en la que el ideal romántico del artista o el escritor como ser soberano que responde únicamente ante su propia conciencia había dado paso a un nuevo y mermado ideal del «intelectual» como miembro de una «clase» instruida (y a veces guiada) políticamente.

Esta transformación no fue abrupta. Ocurrió a lo largo del tiempo. De hecho, el propio Romanticismo, surgido en el siglo xviii, estaba firmemente ligado a la política. Muchas de las principales figuras del Romanticismo en Francia e Inglaterra fueron radicales, al menos por un tiempo. Esta identificación se reforzó en el siglo siguiente, cuando Karl Marx se convirtió en el gran dramaturgo del conflicto de clases. Esta idea y sus ramificaciones atrajeron a algunos artistas literarios (Zola y Shaw son dos ejemplos), para quienes

la política se convirtió en instrumento para diseñar un realismo más persuasivo.

Pero fue el siglo xx el que consolidó la alianza entre la política y el arte, sobre todo a través de dos acontecimientos: la Revolución rusa de 1917 y la más o menos simultánea «revolución» del modernismo. En tándem, la nueva política y la nueva estética ofrecían una emocionante liberación de las prohibiciones de la época (victoriana) anterior, o quizá, como algunos apuntaron, simplemente sustituyó un conjunto de certezas dudosas por otras. En cualquier caso, cuando llegó la gran crisis del siglo xx, en los años treinta –con el totalitarismo creciente, la decadencia del «capitalismo burgués» y una nueva guerra mundial en el horizonte– los intelectuales fueron arrastrados más profundamente que nunca por las corrientes de la historia y se hundieron en la irrelevancia. Había estallado la guerra y era necesario tomar partido. No hacerlo equivaldría a ir contra la corriente de la historia, a desaparecer en la insignificancia.

Los años treinta fueron la década de Alger Hiss y Whittaker Chambers, la década de los espías de Cambridge y de la figura central en *El fin de la inocencia*, el ingenioso propagandista alemán Willi Münzenberg, quien, como sugiere Koch, «desarrolló lo que podría considerarse la principal ilusión moral del siglo xx: la noción de que, en esta época, el principal escenario de la vida moral, el verdadero reino del bien y del mal, era la política».

Este tema les resultará familiar a los lectores de clásicos de mediados del siglo xx como la novela de Lionel Trilling, *The Middle of the Journey*, y la crónica que realiza Murray Kempton de los comunistas norteamericanos en *A Part of Our Time*. Como aquellos escritores tempranos, Koch se interesa por el dilema que impone la implicación política –el «compromiso»– en el individuo sensible, que debe ahora aceptar los términos de un mundo en el que el mismo poder se ha convertido en un ideal romántico. Este tema atraviesa también el trabajo de destacados escritores de los años treinta, que fueron empujados a adoptar el radicalismo a pesar de que, como modernistas, rechazaban los imperativos más crudos del «Estado», ya fuera este capitalista o comunista, totalitario o democrático. Parte de la poesía de W. H. Auden puede leerse como una glosa de la teoría del Estado moderno tal y como fue descrito

por teóricos como Mosca, Pareto y Burnham, si bien el interés de Auden se centra en la presión que ejerce una «sociedad administrativa» sobre la conciencia individual y la vida interior.

Otros afrontaron consideraciones más prácticas. Por ejemplo, ¿cómo podía un individuo instruido permanecer fiel al ideal romántico de la soberanía intelectual y al mismo tiempo someterse a la causa radical, recibir órdenes de líderes de células del partido y facciones sindicales? Simple y llanamente, ¿había siquiera un lugar en la nueva utopía socialista para los moradores de Oxbridge y Bloomsbury, de Harvard y Provincetown?

En algunos momentos la confusión se tornaba cómica. Tomemos el caso, analizado en *El fin de la inocencia*, de Michael Straight, el muy adinerado joven norteamericano reclutado para «trabajos especiales» clandestinos cuando aún era un estudiante comunista en Cambridge, en 1937. Su reclutador, el historiador de arte Anthony Blunt, sorprendió a Straight al decirle que unos «amigos» anónimos del Komintern habían decretado que la mejor manera de que él sirviera a la causa sería que hiciera una brillante carrera en Wall Street, donde su familia estaba bien establecida. Straight estaba indignado: deseaba ser un revolucionario, no un banquero burgués. Al transmitir esto a sus superiores, a Blunt le dijeron que Straight no debía preocuparse: «las relaciones de su familia en Washington servirían tanto como las de Wall Street». Finalmente, Straight obtendría un puesto en el departamento de Estado, al igual, justamente, que otro serio y joven comunista, Alger Hiss.

Pero la extrañeza no sólo residía en la relación entre los intelectuales y sus jefes. El intelectual era igual de proclive a estar en desacuerdo consigo mismo, especialmente al comprobar, como hicieron muchos, que el comunismo a menudo era más atractivo en la teoría que en la práctica. Esto, la eterna complicación de la «justicia revolucionaria», en palabras de Koch, podía llevar al autoengaño, como en el infame caso de la justificación teórica de las atrocidades de Stalin, que estaban a la orden del día en los años treinta.

La apologética ritual no terminó al acabar aquella década. Dominó el pensamiento intelectual francés durante gran parte de la guerra fría, de la misma manera que los nuevos izquierdistas norteamericanos pregonaban una defensa dogmática de la Cuba de

Castro. En algunos círculos esto no ha cambiado. No hace mucho, un escritor norteamericano me explicaba que el asesinato de millones de personas en la China comunista estaba justificado por la mejora en el estatus oficial de la mujer en el país. Daba igual que la multitud de muertos incluyera a innumerables mujeres, que, presumiblemente, no eran conscientes de que eran mártires por la causa de la sororidad. O quizá lo fueran. Habría sido coherente con los principios de la «justicia revolucionaria», con su mensaje de que la ley no sólo la dicta el más fuerte, sino que el poderoso también define lo que está bien.

Con gran habilidad, el Komintern explotó estos sentimientos durante los años de apogeo (1935-1939) del Frente Popular, cuando algunos de los hombres y mujeres de mayor talento de su época adoptaron con entusiasmo la causa del «antifascismo» estalinista. ¿Cómo consiguieron esto Münzenberg y compañía? La respuesta no está clara, aunque creo que Koch acierta al apuntar que existía un reclamo doble que apelaba, en primera instancia, al sentimiento de sincera empatía del intelectual, a su solidaridad con los oprimidos, y en segundo lugar, a su igualmente sincero esnobismo, su distanciamiento psicológico de la cultura «burguesa».

En los años cuarenta, George Orwell observó que muchos intelectuales británicos que se habían mostrado indiferentes en la fase inicial del bolchevismo de la Unión Soviética se sentían fascinados más tarde, cuando Stalin convirtió a Rusia en un Estado totalitario. «Estas personas miran hacia la Unión Soviética y en ella ven, o creen que ven, un sistema que elimina la clase alta, mantiene a la clase obrera en su lugar y otorga un poder ilimitado a personas muy similares a ellos», escribió Orwell. El «deseo secreto» de esta «inteligencia inglesa rusófila» era «destruir la vieja versión igualitaria del socialismo y dar paso a una sociedad jerarquizada en la que el intelectual pueda por fin tomar las riendas». (Una promesa casi idéntica se reservaba para los artistas, como Wyndham Lewis y Ezra Pound, que fueron atraídos hacia el fascismo.)

Orwell no mencionaba que, realmente, la afinidad no era tan sorprendente. Artistas y pensadores pueden fácilmente sentir un vínculo estrecho con un dictador. ¿Acaso no afirmaba Joseph Conrad, en su famosa sentencia, que su tarea consistía en «hacernos»

ver? ¿Y no trata también el intelectual soberano de ejercer una cierta coacción, primero mediante la concepción de grandes visiones y después mediante la imposición de las mismas, en forma de novelas o lienzos o sinfonías o teorías, sobre una humanidad reticente o intratable, a través de la manipulación y, a menudo, el engaño? ¿Por qué no debería una persona sentirse atraída hacia un líder fuertemente armado, tan «creativo» y «original» en su enfoque de los problemas que conlleva gobernar?

Las transacciones que describe Koch llegaron a su fin con la Segunda Guerra Mundial. Pero el ideal del intelectual como actor político no acabó ahí. El temperamento radical revivió en los años sesenta, cuando una nueva generación de «peregrinos políticos» viajó a Hanói y a La Habana. Revivió, asimismo, en las protestas más extremas del movimiento contra la guerra y en los preceptos políticos de la contracultura. La rebelión tuvo una vida corta pero su impacto fue profundo. Es bastante cierto, como suele decirse, que aún vivimos en una Norteamérica «posterior a los sesenta».

Es más arduo delinear las consecuencias desde un punto de vista político. Hoy día se presta mucha atención a la agitación anticomunista de los años ochenta, que a muchos pilló tan desprevenidos: las grandes rebeliones disidentes en Europa central y oriental, la protesta histórica en la plaza de Tiananmén y, el punto culminante, la implosión soviética de 1989. Ese periodo fue testigo del surgimiento de héroes intelectuales que parecían desafiar el modelo radical establecido en los años treinta. Algunos (Joseph Brodsky, Milan Kundera) tenían una actitud ambivalente hacia la propia política. Otros (Andréi Sájarov, Václav Havel) representaban el ideal arcaico del intelectual como ciudadano responsable y miembro de la comunidad en un sentido amplio.

Es más extraordinario aún, por lo tanto, que sea ahora, en nuestro propio momento, cuando el ideal de los años treinta del intelectual como revolucionario haya recuperado su estatus, debido a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Una vez más, vivimos en un tiempo en el que los hombres de ideas y de palabras se han erigido en instrumento de políticas muy específicas y cargadas de emoción. La campaña de Irán es, quizá, la primera guerra en la historia de Norteamérica concebida y orquestada en gran parte por

intelectuales, en este caso neoconservadores que son, en muchos casos, descendientes de radicales de los años treinta. Algunos ocupan ahora altos cargos en la Administración Bush. Otros, fuera de la administración, explican con toda confianza sus teorías sobre el «fascismo» islámico, y en su voz resuena el eco del viejo y casi olvidado llamamiento a las armas hecho por Willi Münzenberg.

Ciertamente, la guerra «por la democracia» en Oriente Medio es sorprendentemente similar a otro episodio que explora *El fin de la inocencia*: la «última defensa» de la Guerra Civil española. La causa de la democracia universal requería una purga de los sentimientos en beneficio del poder, que a su vez implicaba, como explicó Auden en 1937, «el aumento inevitable de los riesgos mortales, / la aceptación consciente de la culpa ante el hecho del crimen».

Nadie puede predecir con precisión qué fuerzas desatará esta reciente unión de ideología y estética, del mismo modo que nadie pudo vaticinar las consecuencias del reclutamiento de intelectuales por parte de Münzenberg hace setenta años. Sí sabemos, no obstante, en qué se convirtió aquel primer fogonazo de pasiones intelectuales embarulladas. Supuso una conflagración. Esa es la historia que cuenta *El fin de la inocencia*, un libro cuyo momento, decididamente, ha llegado.

Prefacio a la edición revisada

por Stephen Koch

Tiene en sus manos una versión abreviada, aclarada y, espero, más persuasiva de un libro que se publicó por primera vez en Estados Unidos a principios de 1994. He revisado *El fin de la inocencia* por tres razones. La primera es que el mundo ha cambiado desde 1994. La segunda, que ha cambiado lo que sabemos sobre el estalinismo, sobre su gigantesco esfuerzo de propaganda y sobre su totalitarismo en general. Por último, yo he cambiado.

Lo que no ha cambiado es el relato esencial que cuenta *El fin de la inocencia*. La terrible historia del ascenso de Willi Münzenberg al poder y de su descenso a través del terror hacia su muerte permanece intacta. Como intacta permanece mi crónica del papel fundacional que desempeñó Willi en la guerra cultural entre el totalitarismo soviético y la democracia liberal, una batalla que se convirtió en una lucha por el espíritu del siglo xx. Mi explicación de cómo Willi organizó el argumentario de la época en toda su potencia y su fraudulencia sigue siendo mayormente válida, incluso más aún ahora. La descripción general de la cooptación del Komintern en el antifascismo occidental mientras Stalin cortejaba –no confrontaba, *cortejaba*– a Hitler se cuenta de forma más enfática, si cabe, en este momento, al igual que mi narración de cómo una red idealista y sin embargo fundamentalmente mendaz de frentes políticos se convirtió en un instrumento al servicio de la cooptación de la respuesta occidental a la amenaza nazi en los años treinta. Finalmente, me he explayado a la hora de contar cómo todo esto se transformó en el enorme engaño político conocido como el Frente Popular. En todo ello, *El fin de la inocencia* ha permanecido prácticamente igual.

Sin embargo, vuelvo a contar este relato de fraude y conspiración en un mundo distinto. Algunos de los cambios que han tenido

lugar –como el fin de la guerra fría– son tan obvios que apenas resulta necesario mencionarlos. Otros son más sutiles. Entre ellos, el principal es que el argumentario propagandístico que introdujo Willi Münzenberg en el discurso establecido del siglo xx ha llegado, tras un larguísimo recorrido, a su fin. Al revés que la propia guerra fría, la guerra entre ideas democráticas y totalitarias no fue exactamente ganada. Pero tampoco fue exactamente perdida. Fue abandonada. En algún punto en torno a principios del siglo xxi, los agotados partisanos de esa pelea de gallos que duraba siete décadas de pronto interrumpieron el intercambio de calumnias, miraron a su alrededor a un mundo distinto y se retiraron en busca de una nueva batalla en otro lugar.

En 1994, esta deserción del campo aún no se había completado del todo y *El fin de la inocencia* se vio arrastrado por los últimos coletazos de una batalla trasnochada. Hubo muchas reseñas y estas, lamentablemente, demostraron estar muy polarizadas entre la derecha y la izquierda; la respuesta negativa –en especial la respuesta a mi análisis del Frente Popular– fue en muchos casos una reacción completamente histérica. Los tiempos han cambiado. Dudo que surja una nueva respuesta tan polarizada o que la típica histeria aflore de nuevo de una manera similar. Incluso los más acérrimos defensores de segunda generación –¿o sería la tercera?, ¿la cuarta?– de la vieja exoneración de carácter estalinista se han sumido en el silencio. Algunos incluso han hallado el camino hacia una... reconsideración.

Mientras tanto, la nueva valoración de la catástrofe totalitaria no ha hecho más que empezar y ya los estudios académicos han sufrido una transformación. En Estados Unidos, el libro de Anne Applebaum, *Gulag: A History*, corrobora la gran polémica de Solzhenitsyn de tal manera que ha acallado a todos aquellos que minimizan los horrores del gulag, salvo a los más obstinados. En 1997, la biografía de Whittaker Chambers escrita por Sam Tanenhaus resolvió por fin el drama personal de la época entre Chambers y Alger Hiss, una confrontación que para muchos norteamericanos simbolizaba las divisiones de la guerra fría. La tristemente habitual palabrería acerca del comunismo norteamericano está prácticamente zanjada, gracias sobre todo al trabajo de Harvey Klehr, John

Haynes y sus colaboradores, aparecido principalmente en la serie «Anales del Comunismo» publicada por Yale University Press. Las viejas evasivas sentenciosas del papel de Stalin en la Guerra Civil española han sido desmontadas, primero en el extenso volumen *La guerra civil española*, de Burnett Bolloten, y más tarde en *Spain Betrayed*, de Ronald Radosh y Mary Halleck.

Una incorporación a la serie de Yale es la impresionante investigación de Sean McMeekin, *The Red Millionaire: A Political Biography of Willi Münzenberg*. Cualquiera que esté interesado en el Komintern apreciará este libro. *The Red Millionaire* es una biografía de Münzenberg. *El fin de la inocencia* no lo es. Estoy interesado sólo tangencialmente en la mayoría de los detalles de la vida de Willi. Mi libro trata de la cooptación soviética del liberalismo entreguerras y sobre la cooptación general soviética del antifascismo liberal. Münzenberg desempeñó un papel ejemplar en este drama siniestro, pero hay extensos pasajes en estas páginas que están sólo remotamente conectados con su figura.

Así que, aunque el profesor McMeekin y yo compartimos una misma historia y estamos de acuerdo en casi todo, la contamos de forma muy distinta. Su libro, que apareció justo cuando esta edición revisada entraba en imprenta, está cargado de nuevos datos que me han ayudado a eliminar, en el último momento, al menos un error. Ahora veo que el rol de Willi en la campaña Sacco-Vanzetti no era el que supuse en un principio. Al menos en Estados Unidos, no fue Willi sino una organización rival de propaganda —el Socorro Rojo— la que realmente organizó la infiltración comunista en este gran caso.

Por otro lado, el profesor McMeekin y yo somos escritores esencialmente diferentes. *El fin de la inocencia* está lleno de especulación. De otro modo, nunca lo habría escrito. Para mí, un dato es un ente vivo casi hasta el punto de que despierta el impulso especulativo, y valoro mi condición de *amateur* precisamente porque me concede la libertad completa que contiene ese impulso. No hay una línea especulativa en *The Red Millionaire*. Su admirable fortaleza reside en que contiene datos y sólo datos. Entiendo que para el profesor McMeekin, los datos cierran el debate. Para mí, lo inauguran.

La investigación académica norteamericana ha sido especialmente experta a la hora de establecer los datos; no es un logro menor. En mi opinión, ha quedado rezagada por detrás de otros países en la ardua tarea de asimilar las consecuencias del colapso totalitario. Miremos a Francia, por ejemplo, donde la deslumbrante obra del gran historiador François Furet, *El pasado de una ilusión*, un devastador estudio del pensamiento comunista en el siglo xx, apareció poco antes que esa implacable revaluación de la práctica del comunismo, *El libro negro del comunismo*, compilado por el intrépido Stéphane Courtois y su círculo de debate académico. Los norteamericanos hemos sido lentos a la hora de afrontar tan directamente el tremendo desafío moral e intelectual que nos presentan estos impresionantes estudios.

Sin embargo, el encuentro académico más emocionante para mí ha sido la investigación surgida en la propia Rusia. Para mí, ningún escritor ha sido más importante en la revisión de *El fin de la inocencia* que Arkady Vaksberg, un infatigable estudioso de la mentira estalinista, un maestro a la hora de manejarse en los archivos soviéticos, presidente durante un tiempo del PEN moscovita y autor de, entre otros, *Hotel Lux* y *The Gorky Mystery*. Allí donde Furet es magistral y Courtois implacable, Vaksberg pelea con una novedosa proclamación de la verdad, llevado por una pasión y dolor personal que trasciende lo académico al tiempo que lo abarca. He aquí a un historiador que puede ampliar su mordaz biografía de Andréi Vyshinski, el principal sicario legal de Stalin en el Gran Terror, con un relato de su propia madre de pie, con las rodillas temblorosas, frente al mismo Vyshinski, suplicándole al viejo monstruo (con éxito) que emita la única escueta orden necesaria para restituir la educación amenazada de su brillante y joven hijo. He aquí a un ruso que conoció (y admiró) a esa *apparatchik* del Komintern, Maria Pavlova Koudachova, la esposa de Romain Rolland y guardiana soviética, la misma que evoca en *Hotel Lux* una velada parisina en 1968 con la vieja dama, cuando se sentaron a la luz vespertina y fueron recorriendo las viejas mentiras. Vaksberg estuvo allí. Vaksberg lo vivió. Y ahora él no se contenta con nada más que la verdad.

Finalmente, yo mismo he cambiado. *El fin de la inocencia* es un libro sobre historia, pero yo no soy un historiador profesional.

Soy un novelista y espero que los hechos brillen a través del texto. Escribí *El fin de la inocencia* llevado por la trama –lo veo como una historia de guerra, una gran historia bélica–, y enseguida entendí que *debía* ser contada con una precisión estrictamente supe-
ditada a los hechos. También vi muy pronto que, para escribir acerca de esta guerra, tenía que participar en ella. Debía tomar partido. De lo contrario, me habría ahogado tras la lóbrega máscara de la «objetividad».

Y sin embargo, una vida dedicada a luchar en esa guerra –mi voz pregonando cambios en el incesante griterío del *Kulturkampf*– se acerca a mi idea de una vida vivida en el infierno. Esta versión de *El fin de la inocencia* está mucho menos atestada de opiniones que la original. Aún tomo partido, por supuesto, y espero que se note; sé que se nota. Ser un ser humano implica pensar moralmente y este es un drama moral. Pero esta no es sólo una historia acerca de la opinión o de cómo se forman las opiniones. Es una *tragedia* acerca de la opinión y de cómo se forman las opiniones.

Cuando era estudiante universitario, mi viejo profesor, el fallecido Alfred Kazin, solía sentarse en el borde de una larga mesa en la City College de Nueva York y escupía la palabra «opinión» con una mueca de desdén que resonaba en mi cerebro a los diecinueve años con una fuerza que ha durado toda la vida. «La opinión –solía soltar Kazin– es *barata*», especialmente cuando uno de nosotros se atrevía con alguna que Alfred encontraba particularmente barata. Y sin embargo, el mismo Kazin era un hombre con poderosas opiniones y el sentido de sus palabras no era que no deberíamos *tener* opiniones. Quería que evitáramos confundir estas con la reflexión *seria*. Nos lanzó una advertencia para que no confiáramos en las opiniones como guía para cualquier cosa que fuera *importante*.

Bueno, Alfred, finalmente lo he entendido. Quizá tenía que atravesar trabajosamente todo el infame pantano de la propaganda totalitaria para ganarme ese desdén hacia la opinión que oí de tus labios por primera vez hace tanto tiempo. Ahora puedo escupir esa palabra con un desdén casi igual al tuyo. Aún tengo un montón de opiniones, por supuesto. Pero me sorprende lo poco que importan en la tarea real de pensar y de vivir. Quizá incluso en la tarea real de pensar y vivir *políticamente*.

Cuando el maestro de las opiniones, Willi Münzenberg, recorría el camino hacia el sur por el valle de Isère en 1940, tratando de escapar de una Francia ocupada, ¿hasta qué punto lo guiaba una opinión, *cualquier* opinión? En 1952, cuando Otto Katz se aferraba a la baranda del banquillo de los acusados ante un tribunal en Praga, tratando de dar forma a su súplica de la pena de muerte con la dentadura destrozada, ¿le sirvió alguna opinión en toda aquella mezquindad? Cuando Maxim Gorki yacía en el lecho de muerte en su palacio de Crimea, atendido con cinismo por la encantadora mentirosa que aseguraba amarlo, ¿lo reconfortó el rumor de una opinión? Estos tres hombres habían vivido de la opinión. Ellos sabían mejor que nadie hasta qué punto la opinión es en realidad una droga peligrosa, qué barato sustituto puede llegar a ser del conocimiento o de la bondad o de la acción o de la verdad. Es una sustancia estimulante tóxica y adictiva, y habían traficado con ella durante toda su vida. La danza sombría de su futilidad, ahora lo veo, constituye una parte nada nimia de lo que esta historia ha luchado por contarme desde el día en que empecé a escribirla. Si *El fin de la inocencia* te parece un enfrentamiento más en las guerras culturales, si no te deja con nada más que con algunas nuevas opiniones –o con la confirmación de opiniones viejas–, entonces habré fracasado. Mi intención es dejarte con algo muy diferente a una opinión. Mi deseo es dejarte con un escalofrío de compasión y de terror.

Sí, tengo mis opiniones, al diablo con ellas. Nunca confíes en quien lo cuenta. Confía en la historia que cuenta.